

EL RIESGO DE LA SEGURIDAD

JAIRO LIBREROS*

Un año después del ataque terrorista del 11 de septiembre, el balance de la lucha contra ese flagelo en ESTADOS UNIDOS y en Colombia es retórico, e impuso el discurso de la derecha: Si de seguridad se trata, las libertades públicas y la democracia se convierten en estado de sitio.

Corría el 11 de septiembre de 2001. Si recordar es vivir, la excepción que confirma la regla tiene fecha. Todo empezó con un flash que cortó la emisión matinal de la radio: dos aviones se estrellan contra rascacielos de New York. Prendí el televisor. CNN transmitía la imagen de una torre averiada y en llamas, que en segundos se desplomó como un castillo de naipes.

De los escombros sale una nube de polvo que oscurece la transmisión. Mis ojos se dirigen hacia las frases redactadas por los noticieros en la parte inferior de la pantalla: 'Cae Torre Gemela en New York. Fuentes del gobierno hablan de atentado terrorista. Se desconoce identidad de los autores'.

Con gran precisión de detalles, las escenas del desastre se repiten hasta la

saciedad. Cuando se anuncia el colapso inminente de la segunda torre, las cámaras graban la tragedia humana: En un acto de desesperación, algunas víctimas se lanzan por las ventanas. Pero la suerte estaba echada.

El caos se apoderó de Estados Unidos. En Washington, un avión impactó el Pentágono, otro colisionó en Pittsburgh. Al Presidente Bush la jornada lo sorprendió lejos de la Casa Blanca. Como en tierra no estaba seguro, le tocó levantar vuelo para ser escoltado en el aire por cazabombarderos; después, en suelo firme, el estadista ordenó derribar toda nave que surcara el cielo.

En Colombia se esperaba la visita de Colin Power, Secretario de Estado de Estados Unidos. Los periódicos abrieron edición con afiladas editoriales, donde analizaban la agenda: proceso de paz con las FARC, Plan Colombia y ATPA. Vaya ironía, también aparecía una declaración del Secretario de Defensa estadounidense: ¡“El enemigo está más cerca de la casa. Es la burocracia del Pentágono”¹

En la víspera, aquella Secretaría ha-

* Investigador de OPERA y profesor de Ciencia Política y Políticas Públicas en Seguridad y Defensa Nacional. Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad Externado de Colombia.

1. Al respecto consultar la página web de El Espectador, El Colombiano, El País y El Tiempo del 11 de septiembre de 2001, Revista Time del 10 de septiembre de 2001 y The New York Times del 11 de septiembre de 2001.

bía oficializado la inclusión de los paramilitares -AUC- en la lista de organizaciones terroristas extranjeras, lo cual fue interpretado como un mensaje dirigido al gobierno colombiano sobre la necesidad de romper la unión Fuerzas Armadas-AUC, a modo de requisito para mantener la ayuda militar y económica en beneficio del país².

El proceso de paz estaba en crisis y había perdido toda credibilidad entre los colombianos. Los inexistentes resultados de la mesa de diálogo, los nexos terroristas de las FARC con el IRA y el crimen del Presidente de la Comisión de Paz de la Cámara de Representantes, Jairo Rojas, auguraban la inminente ruptura de la negociación (Semana, septiembre, 2001).

Horacio Serpa encabezaba las preferencias electorales por la Presidencia de la República. La encuesta realizada por la firma Napoleón Franco le entregaba el primer lugar con el 41.2%, seguido por Álvaro Uribe con 23.4% (Semana, septiembre, 2001); y días después, el Centro Nacional de Consultoría confirmó la intención de voto a favor de Serpa con 37%, y el segundo lugar de Uribe con el 22% (www.revistacambio.com).

Hoy, un año después, todavía nos preguntamos si hubiera podido evitarse la catástrofe del 11 de septiembre. Difícil saberlo. El país del norte avanza en su guerra contra el terrorismo, Colombia tam-

bién. Empero, ¿cuál es el resultado? ¿Son democráticas las medidas políticas y militares impulsadas por los gobiernos de Estados Unidos y Colombia? Y sobre las libertades públicas, ¿qué?

1. SOPLAN VIENTOS DE GUERRA

Estados Unidos se sentían invulnerables. Su capacidad política, poder económico y ventaja militar no admitían discusión. Se jactaban de poseer libertad y seguridad sin igual, y soñaban con un escudo antimisiles para garantizar la integridad territorial. Aún así, la potencia resultaba transgredida por aviones comerciales, manipulados con fines terroristas.

La comunidad internacional expresó su indignación. Se escucharon voces solidarias; otras se regocijaron por la tragedia. Los gobiernos se alinearon con Estados Unidos, sobre todo los que afrontan conflictos armados, para declarar la guerra universal contra el terrorismo, sin importar la ambigüedad que rodeaba los eventos, la identificación de sus autores y los efectos del atentado.

Colombia no se quedó atrás. El Gobierno condenó el terrorismo. Los militares hablaron duro, como siempre. Pero las mejores opiniones las dieron algunos analistas y profesores, que se presentaban a sí mismos como expertos en seguridad, defensa, terrorismo y otras especialidades

2. Al respecto, consultar: Time, 10 de septiembre de 2001; y The New York Times –página web-, 11 de septiembre

inverosímiles. ¿Qué pasó en Estados Unidos?, ¿un choque de civilizaciones! ¿Cuál es el efecto estratégico?, ¿la guerra asimétrica! ¿Culpables?, ¿la mafia en represalia por la extradición de Fabio Ochoa; las FARC, las AUC...!

El resultado de los juicios apresurados es diciente: no desciframos nada. Quizá sólo se pensaba en el impacto del 11 de septiembre en nuestro proceso de paz: ¿Las FARC se sentirían acorraladas? ¿Perdería el Gobierno el apoyo de Estados Unidos? Ah, Estados Unidos, al fin y al cabo, ¿quién es el responsable del atentado terrorista? La inteligencia norteamericana, en un ejercicio de contrición, se encargó de responder el interrogante sindicando al de siempre: Osama Bin Laden³, el saudita más famoso del mundo.

1.1. Libertad duradera

“Cazaré a los responsables”, dijo el Presidente estadounidense, George Bush, ante un auditorio enmudecido por la irrupción del terrorismo. La respuesta de su país no se hizo esperar y diseñó la operación “Libertad Duradera”, cuyo objetivo principal era lograr la captura de Osama y la desarticulación de Al Qaida, su red de combatientes. Un total de 550 aviones, cuatro flotas de portaaviones, 40 navíos y más de 25.000 soldados enfilaron hacia Afganistán.

Washington exigió al gobierno afgano la entrega inmediata de Bin Laden. Como era de esperarse, el régimen talibán no cedió a la presión, reclamó pruebas y dijo que el saudita se declaró ajeno al atentado del 11 de septiembre. Osama ganó la partida, pero el camino de la invasión militar quedó allanado.

Bush explicó las maniobras de la nueva estrategia contra el terrorismo: ‘Hay que seguir una secuencia y atraparlos a todos a la vez’ (Time, 24 de septiembre de 2001). Analistas militares explicaron el giro estratégico de Estados Unidos. Se suspende el esquema convencional, y se adopta el de la guerra asimétrica: Bombardeos a distancia y operaciones relámpago adelantadas por pequeños comandos, que permitan desactivar campamentos y capturar a Osama Bin Laden.

Pero no hubo tal cambio estratégico. La operación comenzó con el tradicional fuego aéreo realizado por aviones bombarderos en territorio enemigo. La ofensiva buscaba destruir las defensas antiaéreas talibán y anular los refugios donde se esconden los terroristas. El resultado inicial es un video donde sale Bin Laden vivo y amenazante: “Juro que América no tendrá seguridad hasta que no la tenga Palestina. Ha llegado la hora para los humillados de rebelarse contra los infieles” (<http://www.elpais.es>, 8 de octubre, 2001).

Ni hablar de los análisis militares del

3. Para mayor detalle sobre Bin Laden, consultar: Bodansky, Y., 2001, *Bin Laden. El Hombre que Declaró la Guerra a América*, Editora Aguilar, Bogotá.

video: ¡Que Osama está enfermo, que sus días están contados...! Bueno, sigamos con esa maravilla de guerra asimétrica. Con sólo bombardeo, no se logró nada. Le llegó el turno a la infantería. Los pequeños comandos, mal contados superaban los 5.000 hombres –*Marines, Deltas, Ranger* y otras fuerzas especiales-, llegaron con el propósito de sacar de las cuevas de Tora Bora a Bin Laden y a los líderes de Al Qaida.

Los comandos no han capturado a Osama, pese a que las operaciones relámpago se dilataron un poco: acaban de cumplir su primer año de vida. Pero hay prisioneros, aunque ninguno de ellos tiene relación directa con el 11 de septiembre. En la penitenciaría Delta, en la bahía de Guantánamo, Cuba, están recluidos 434 presuntos milicianos de Al Qaida y miembros del desaparecido régimen talibán, a la espera de ser llevados a juicio ante una corte penal militar de Estados Unidos (Time, 19 de junio, 2002).

Como los bombardeos, la infantería y los operativos no lograron dar con el paradero de Bin Laden, Estados Unidos terminó asociado con los guerrilleros de la Alianza del Norte, opositores a los talibán. La coalición no funcionó; peor aún, se le atribuyen la actual crisis del gobierno de Hamid Karzai, presidente interino de Afganistán, y los motivos ocultos del homicidio de Hadji Abdul Qadir, vicepresidente y líder pashtún (<http://www.lanacion.com.ar>, 17 de julio, 2002).

Bin Laden brilla por su ausencia. “Libertad Duradera” no lo ha capturado. La

Agencia Central de Inteligencia norteamericana -CIA- tiene la orden de matarlo, pero admite que no hay rastro del líder de Al Qaida (Time, 3 de julio de 2002). Como última alternativa se incrementó la cuantía de la recompensa por su cabeza: De los cinco millones que se ofrecía a comienzos de 2001, se pasó a 25 millones de dólares.

La situación es igual a cuando todo empezó: Osama, se busca vivo o muerto (<http://www.lanacion.com.ar>, 17 de julio, 2002).

1.2. Thanatos

Colin Power, quien se encontraba en Lima en una reunión de la OEA, presenció por televisión los eventos del 11 de septiembre. No pudo viajar a Washington, porque su vuelo podría ser derribado. Canceló su visita a Bogotá, pero la agenda temática no perdió vigencia y el futuro del proceso de paz generó mayores expectativas: Se pensaba que el atentado terrorista iba a influir en las decisiones que tomaran el Gobierno y las FARC.

Sin embargo, el 11 de septiembre no influyó en el proceso de paz ni en la ruptura del mismo, cinco meses después. El entorno internacional de cero tolerancia con el terrorismo no afectó a las partes y nunca las impulsó a rectificar el rumbo de la negociación. Las FARC jamás se mostraron temerosas por los señalamientos de agrupación terrorista; es más, incitaban al Gobierno para que aclarara si ellas

lo eran o no. La calificación oficial de terroristas sólo les llegó roto el proceso de paz.

El Presidente Pastrana tampoco se dejó presionar. Estados Unidos lo insinuó, bajo la amenaza de suspender el Plan Colombia. Y los militares también lo intentaron. El 5 de octubre de 2001, el general Tapias, comandante de las Fuerzas Militares, aprovechó una declaración de las FARC: “El Caguán es un Estado en gestación”, para presionar la terminación de la zona de distensión, y le exigió al mandatario que desmintiera a los guerrilleros. “Usted puede tener problemas con Estados Unidos, porque su debilidad como gobernante es evidente”, dijo Tapias (Tellez, 2002).

El 20 de febrero de 2002, el Presidente Pastrana, en un discurso contundente, declaró roto el proceso de paz con las FARC, y señaló a Manuel Marulanda, Tirofijo, como el responsable del fracaso de la negociación. A partir de ese momento, el país quedó en acuartelamiento de primer grado, y los colombianos “bajo la protección divina de San Miguel Arcángel” (<http://www.presidencia.gov.co>), a la espera de los resultados militares de la operación “Thanatos”, diseñada para la conquista de la antigua zona de despeje.

El general Mora, comandante del Ejército, explicó el plan de ocupación territorial del Caguán: “Una de las claves del éxito en esta guerra es la oportunidad y la sorpresa” (Cambio, 25 de febrero, 2002). Analistas militares explicaron la estrategia: Una flotilla de aviones bombardeará 30 objetivos especiales; luego, la Fuerza de

Despliegue Rápido -FUDRA- se infiltrará en la región para combatir a los guerrilleros; y por último, ingresarán comandos del Ejército y GAULA de la Policía, con el fin de capturar a Tirofijo y demás líderes de las FARC.

“Thanatos” se ha cumplido al pie de la letra. Los bombardeos y las fuerzas especiales cumplieron su misión de ocupación territorial, sin mayor resistencia. Claro, las FARC trasladaron sus unidades militares del Caguán al resto del país, sobre todo a lugares donde ejercen control y dominio territorial: Hoy día las FARC tienen en jaque a 253 servidores judiciales en más de 14 departamentos (Ámbito Jurídico, 8 de julio de 2002), y a 330 alcaldes en más de 23 departamentos del país (Cambio, 1 de julio de 2002).

Bueno, y ¿dónde está la tan publicitada modernización de las fuerzas militares? En grandes campañas de difusión masiva, no. El estamento castrense se ha reformado, es un cuerpo comprometido con el país, fuerte en el campo técnico y táctico y ocupa el primer lugar en las encuestas de credibilidad; pero el problema es que siempre está un paso atrás de los alzados en armas: Se prepararon para la guerra de movimientos, y las FARC urbanizaron el conflicto; llegan a ciertos sitios, y las AUC ya no están...

Al tema de la profesionalización de las fuerzas armadas hay que prestarle mayor atención. Es un asunto estratégico, no de “marketing político”. Y no se agota con el aumento del pie de fuerza, soldados

profesionales, cursos intensivos de derechos humanos y derecho internacional humanitario, ni con la buena gerencia de la defensa nacional. Va más allá. Empieza con la universalización del reclutamiento, pasa por el entrenamiento y sigue con otras etapas, hasta llegar a los modelos y operaciones estratégicas (Luttwak, 1992).

Hoy, como desde 1990, cuando las fuerzas armadas bombardearon y ocuparon el santuario de Marulanda en Casa Verde, no ha sido capturado ningún miembro del Secretariado de las FARC (Pardo, 1996). Pero el Gobierno ya anunció que la cabeza de cada uno de ellos vale dos millones de dólares (Cambio, 1 de julio, 2002).

La situación es igual a cuando todo empezó: Tirofijo, se busca vivo o muerto.

2. NOSOTROS CONTRA ELLOS

El balance militar de la lucha contra el terrorismo en Estados Unidos y en Colombia es mediocre, en el mejor de los casos. El parte de victoria nunca llegó. Pero los discursos pueden con todo, y los ideólogos de derecha desempolvaron su fórmula política de seguridad: Nosotros contra ellos. Y el precio por pagar es irrisorio: Las libertades públicas y la democracia.

Bueno... y ¿quién es 'nosotros' y quién es 'ellos'? Para la derecha, nosotros son los 'buenos' y ellos son los 'malos'; también, nosotros son los 'amigos' y ellos son los 'enemigos'; por último, nosotros son los 'ciudadanos' y ellos son los 'terroristas'. ¡Muy bien, maravilloso!, pero ¿quié-

nes son los terroristas? Para la derecha son los malos, los enemigos, los que atentan contra las libertades públicas y la democracia y los que piensan que esto no es cierto.

Ya está claro quienes son los terroristas, según la derecha. Ahora hay que defenderse de ellos, de los malos. Estados Unidos comenzó hace un año, Colombia está por hacerlo. Aquél país fortaleció su modelo de inteligencia, el nuestro va a revivir el estado de sitio. Estados Unidos se inspiró en la razón de Estado: esto es, un mecanismo de justificación de las acciones políticas que resultan trasgresoras de la democracia y las libertades públicas (Del Aguilar, 2000); Colombia pretende hacer lo mismo.

2.1. Modelo de inteligencia

Vulnerada la seguridad nacional de Estados Unidos, los juicios de responsabilidad se han dirigido hacia el sistema de inteligencia. Las críticas se relacionan con la precaria recogida de información humana -nunca se infiltró a Al Qaida-; la falta de comunicación entre las dos principales agencias nacionales encargadas del contra-terrorismo -el FBI y la CIA-; y por la imposibilidad de unificar la producción de inteligencia.

El Servicio de Inmigración no sale mejor librado. El 11 de marzo de 2002, llegaron a una escuela de aprendizaje de vuelo en Florida las cartas de aprobación de las visas solicitadas por Mohamed Atta y Marwan Al-Ashehhi, líderes terroristas

que maniobraron los aviones del 11 de septiembre en New Cork (<http://nytsyn.com>; 30 de marzo, 2002).

La lluvia de críticas precipitó la creación del Departamento de Seguridad Nacional, que tendrá la misión de garantizar la integridad del territorio y la seguridad fronteriza, centralizará el análisis de inteligencia para combatir el terrorismo y asumirá el control del Servicio Secreto, la Guardia Costera, el Servicio de Inmigración, el Servicio de Aduanas, la Patrulla Fronteriza y la Agencia de Seguridad en el Transporte (<http://www.lanacion.com.ar>; 7 de junio, 2002).

Pero esto no acaba aquí. Las reformas legales de Bush no están exentas de admiración. El país defensor de las libertades públicas y la democracia, consolidó la noción de Estado de derecho. El período de detención e incomunicación es indefinido para las personas consideradas como amenazas a la seguridad nacional. Y las escuchas telefónicas y los registros domiciliarios no requieren autorización judicial (<http://www.mundo.com.es>; 28 de septiembre, 2001).

La seguridad aeronáutica se fortaleció. Con el propósito de evitar nuevas sorpresas desde el aire -aviones bomba-, Bush promulgó una directiva donde autoriza a dos generales de medio rango de la Fuerza Aérea para dar la orden de derribar todos los aviones con pasajeros que amenacen ciudades, sin necesidad de hacer consultas al Presidente (<http://nytsyn.com>; 27 de septiembre, 2001). Las

cabinas de los pilotos serán blindadas y agentes secretos podrán disparar en pleno vuelo contra los pasajeros que se comporten como terroristas (<http://www.elpais.es>; 28 de septiembre de 2001 y <http://www.cnn.com>; 19 de agosto, 2002).

El Pentágono puso en funcionamiento la Oficina de Influencia Estratégica (<http://nytsyn.com>; 23 de febrero, 2002), que se encargará de promover información y análisis falsos en países aliados, neutrales y enemigos. Este encomiable esfuerzo de la inteligencia norteamericana está dirigido a influir en la opinión pública y a resaltar su fabuloso balance internacional en su lucha contra el terrorismo.

Sin embargo, todas estas medidas no han llevado seguridad a los ciudadanos de Estados Unidos. Las alarmas por nuevos atentados terroristas no han dejado de sonar. Las autoridades las prenden todos los días. Los norteamericanos se levantan con la incertidumbre de un nuevo ataque aéreo, almuerzan con la posibilidad de un carro bomba y se acuestan con la amenaza del bioterrorismo. Y todos los días protestan por la vulneración sistemática de sus derechos fundamentales, a instancias del Estado.

En las semanas siguientes al atentado del 11 de septiembre, se escuchaban frases como las siguientes: Acabemos con los terroristas, defendámonos como sea, no son como nosotros, matémoslos a todos, eliminemos a nuestros enemigos. Hoy día ese sentimiento no ha terminado, pero lo que se grita en las calles es: Queremos de

nuevo nuestras vidas, la intimidad que nuestro propio Estado nos quita; acabemos con los terroristas, defendámonos del Estado...

2.2. Mano firme, corazón grande

Mientras Estados Unidos sufría los estragos del 11 de septiembre, Colombia soportaba el fracaso de la negociación en medio de la guerra. El esfuerzo del Gobierno por impulsar el proceso de paz se veía ensombrecido por los desafueros de las FARC. Pero la paciencia se rebotó con el crimen de la ex Ministra Consuelo Araujonoguera, cometido por las FARC el 29 de septiembre de 2001. Este evento empujó a muchas personas a trasladar su inconformidad a la campaña por la Presidencia de la República (Valencia, 2002).

La atención de los colombianos se volcó hacia Álvaro Uribe, candidato que promovía la autoridad y el orden como pilares de su proyecto de gobierno, ‘Mano firme, corazón grande’ (<http://www.alvarouribe.com.co>), el cual incluía una provocadora política de seguridad y lucha contra las FARC. Los primeros sondeos de 2002, mostraron la simpatía por el candidato: La Gran Encuesta lo ubicó en el primer lugar con el 39%, seguido por Horacio Serpa con el 30.1% (Semana, 4 de febrero, 2002); y Voz & Voto confirmó

su ascenso con el 53% y la caída de Serpa al 24% (Cambio, 18 de febrero, 2002).

La intención de voto por el candidato que personificaba la autoridad y el orden se mantuvo sin mayores sobresaltos hasta el día de los escrutinios de la primera vuelta electoral, el 26 de mayo de 2002, fecha en la cual Álvaro Uribe resulta elegido Presidente de la República.

Algunos días después, representantes del nuevo gobierno presentaron las medidas que se van a impulsar para garantizar la seguridad de los colombianos y adelantar la guerra contra las FARC. Fernando Londoño, designado Ministro del Interior y Justicia, estrenó su cargo con pie derecho. Planteó la inminente restricción de las libertades públicas y el cambio de los “estados de excepción” por el “estado de sitio”, figura que había sido derogada por la Constitución de 1991. El argumento que esgrime es la apremiante necesidad de mantener unida a la sociedad civil, que identificó como los “amigos”, con el propósito de defenderse de los otros, a quienes calificó como los “enemigos” o los “terroristas”⁴.

La sola intención de polarizar a los colombianos entre buenos y malos o ciudadanos y terroristas, ha despertado temores y rechazos por las peligrosas repercusiones que traerá la medida. De ahora en adelante, hasta las desavenencias más elemen-

4. Sobre este pronunciamiento, consultar la intervención de Fernando Londoño, Ministro del Interior y Encargado de la Justicia y del Derecho, en el Seminario “Colombia 2002-2006”, organizado por el Partido Conservador el 24 de julio de 2002.

tales se solucionarían con el señalamiento del adversario. La nueva política de seguridad puede quedar reducida a una cacería de brujas, en la cual la anunciada red de un millón de informantes se encargará de señalar quiénes son los terroristas.

Las bases de esta política tendrán rango constitucional, porque es la única forma de restringir las libertades públicas y la democracia. El paquete de medidas de seguridad consagra la colaboración obligatoria de los ciudadanos con las autoridades y la entrega a las fuerzas militares de la facultad de adelantar capturas, allanamientos e intervención de comunicaciones, sin la participación previa de la Fiscalía.

Estas reformas no son ajenas a la historia política y legal de Colombia. En el gobierno de Julio César Turbay, en plena vigencia de la “Doctrina de Seguridad Nacional” (Goodman, 1990) que identificaba a los enemigos de la democracia como los insurgentes y la protesta social, se expidió el Estatuto de Seguridad⁵, que era un conjunto de normas de orden público y justicia penal militar aplicables a la sociedad civil.

Las arbitrariedades que se cometieron al amparo del Estatuto iban desde torturas y desapariciones hasta órdenes de captura y allanamiento en blanco que, firmadas por jueces militares, sólo se podían llenar el día del operativo cuando el oficial encargado pedía el nombre y la di-

rección del implicado (Galindo, 1999). Este antecedente es angustiante y lleva a preguntarse si esta es la seguridad que el país reclama.

3. ¿VOLVERÁ EL TERRORISMO, LA GUERRA TERMINARÁ?

En Estados Unidos, difícil saberlo: Al Qaida es un misterio. En Colombia, fácil: los alzados en armas atacan todos los días. Para los norteamericanos la amenaza terrorista dejó de ser excepcional, porque las alarmas se prenden todos los días; en cambio para nosotros lo excepcional sería una alarma terrorista.

La guerra no se detendrá. El terrorismo es un fenómeno de violencia política, que refleja las ambiciones de cambio de algunas sociedades: El odio de “ellos” se canaliza con la muerte de “nosotros”, y la venganza de “nosotros” se canaliza con la eliminación de “ellos”. Si medio mundo es terrorista, la guerra nunca terminará.

En Estados Unidos, el Presidente Bush prometió vencer a los terroristas. Y en esto lleva un año. La misión en Afganistán está por terminar, pero nuevos objetivos militares sobran: el régimen de Saddam Hussein en Irak, Colombia, la Autoridad Palestina en medio Oriente, Irán, el gobierno de Gaddafi en Libia, entre otros.

En Colombia, el presidente Uribe recibió un mandato de seguridad y guerra contra las FARC. Los colombianos lo eli-

5. Decreto 1923 de 1978.

gieron para eso, y él lo sabe. La reforma de la Constitución es una realidad. El “estado de sitio” será implantado, y se convertirá en el eje central de la guerra contra el terrorismo.

Un año después del 11 de septiembre, los valores que sustentan la lucha contra el terrorismo son los de la derecha política: La mayor seguridad conspira contra la mayor libertad. Y son la insinuación de lo que puede ser la versión mejorada del Estado autoritario del tercer milenio, esto es: el constante “estado de sitio”.

BIBLIOGRAFÍA

Bodansky, Y., 2001, *Bin Laden. El hombre que Declaró la Guerra a América*, Editora Aguilar, Bogotá.

Revista Semana, No. 1010, 10 de septiembre de 2001

Revista Time, 24 de septiembre de 2001.

Revista Time, 19 de junio de 2002.

Revista Time, 3 de julio de 2002.

Téllez, É. y otros, 2002, *Diario Íntimo de un Fracaso. Historia no contada del proceso de paz con las FARC*, Planeta, Bogotá.

<http://www.cnn.com>

<http://www.elpais.es>

<http://www.nacion.com>

<http://nytsyn.com>

<http://www.semana.com>

<http://www.revistacambio.com>